

á la perdicion? Predica el mundo una moral mas cómoda; pero ¿es conforme al Evangelio? ¿puedese temer el infierno y caminar tranquilamente por el camino ancho? ¿puedese llevar una vida blanda, una vida mundana, y estar seguros sin fascinacion?

¿Hallaremos uno solo entre los santos que haya llevado este camino? No hay condicion en el mundo que no haya tenido santos, y ningun santo ha habido que no se haya alejado de este camino espacioso, ninguno que no haya mirado con horror esa moral cómoda.

Yo mismo, Señor, desde este momento detesto el camino ancho; demasiado tiempo he ido por él, corriendo á mi perdicion; pero puesto, Dios mio, que vuestra pura misericordia es la que me ha hecho advertir que me estraviaba, dignaos conducirme de hoy mas por el camino de la salvacion.

JACULATORIAS.—Haced, Señor, que conozca siempre bien el camino que lleva á vos, y enseñadme á seguir los senderos de la justicia. (*Psalm. 24.*)

Alejadme, Señor, del camino de perdicion. (*Psalm. 118.*)

#### PROPOSITOS.

1 ¿Es proceder como sabios el elegir un camino porque es fácil, y está mas trillado, aun cuando se sepa que nos aleja del término adonde se quiere ir? Tal es la conducta de aquellos que no quieren mas que directores flojos y complacientes, y no gustan de otra moral que la mas cómoda. Las gentes de cualidad, las gentes ricas, los que pertenecen á clases distinguidas, son por lo comun de este gusto; quieren ser contemplados hasta en la práctica de los mandamientos, hasta en el tribunal y en el ejercicio de la penitencia. Espónense sin disfraz y sin consideracion las órdenes del Señor al artesano; pero se necesita del arte de la elocuencia para no ofender la delicadeza de los grandes cuando se les esponen las verdades de la religion y las máximas del Evangelio. Diríase que se hace odiosa una moral cuando es muy cristiana; es preciso saber sazonar con cien géneros de correctivos las máximas de Jesucristo para que agraden: ¿y no se diría que es á los paganos á quienes se predica? Examinemos si tal vez somos nosotros cristianos de este carácter. ¿Acaso no hemos escogido un confesor flojo, ignorante, complaciente, poco zeloso? ¿no seguimos una moral demasiado indulgente? Un médico poco hábil, ó que lisonjeara nuestro mal, le despediríamos; ¿y piden por ventura menos resolucion ó menos zelo las enferme-

dades del alma y su salud eterna? El amor propio ciega, el interés aturde; no consultemos ni al uno, ni al otro. No hay mas que una fe en nuestra religion, no puede haber mas que una moral. Dios no desiere á nuestros errores, cuando el corazon tiene tanta parte en ellos como el entendimiento. No nos lisonjemos sobre un punto de esta importancia.

2 El camino que lleva á la perdicion es espacioso, y el número de los que van por él es grande. ¿No nos formamos un sistema de conciencia á nuestro gusto? Rígidos, austeros para los demás, ¿no nos aplicamos toda la indulgencia? Esa vivacidad, ese ardor cuando se trata de nuestros intereses, esa tendencia á sostener nuestros derechos, ¿no hacen sospechosa nuestra moral? Esas dispensas del ayuno, acaso tambien de la abstinencia y de las demás austeridades necesarias; esas sumas considerables, con crecido interés; esa suntuosidad ó delicadeza de mesa; esas diversiones tan multiplicadas; esa continuacion en el juego; esos refinamientos en los placeres; ese estudio enfadoso por las comodidades; esas interpretaciones demasiado indulgentes de la ley; esas frialdades para observarla; ese gran tren, ese lujo, ¿prueba todo esto que se va por el camino estrecho? ¿No demuestra mas bien que se sigue el camino de los réprobos, siguiendo á la multitud? He aquí un gran motivo de exámen y de reflexiones; pero no paseis el dia sin ver en vosotros mismos el fruto por una mutacion de conducta.

#### JUEVES DE PASION.

LA proximidad del gran dia de las misericordias del Salvador, y del sacrificio de su vida que debia hacer á Dios su Padre por la remision de nuestros pecados, obliga á la Iglesia á acompañar su luto con los sentimientos mas interesantes de la contricion mas viva. Ella comienza la misa de este dia por un reconocimiento sincero de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mayores castigos; pero la vista de la infinita misericordia del Señor la asegura. *Señor, todo lo que habeis hecho, lo habeis hecho por un juicio muy equitativo. Nosotros hemos merecido todos los castigos, porque hemos pecado contra vos y no hemos guardado vuestros mandamientos. Pero dad gloria á vuestro nombre, y tratadnos según la grandeza de vuestra misericordia.* Estas palabras están tomadas de la oracion que hizo á Dios Azarias, uno de los tres jóvenes hebreos de Babilonia, en el horno encendido adonde habia sido arro-



jado con sus dos compañeros de orden de Nabucodonosor.

La Epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, referida en el tercer capitulo del profeta Daniel, en donde se halla toda esta historia.

Entre los cautivos que fueron llevados de Jerusalem á Babilonia por el rey Nabucodonosor, habia muchos niños de la primera calidad; entre los cuales hizo escoger este príncipe cuatro de los de mejor presencia, y que descubriesen mas talento, para que sirviesen en palacio entre los oficiales de su cámara. El primero de los cuatro era Daniel, el cual por su sabiduría y su talento llegó muy pronto á ser el favorito del príncipe: los otros tres fueron Ananias, Misael y Azarias, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndose prendado de ellos Nabucodonosor, mandó que por espacio de tres años fuesen amaestrados en los ejercicios convenientes á su calidad, y á los empleos á que estaban destinados por el príncipe, que quiso tambien que se les enseñase la lengua y los estilos del país, y que se alimentasen de las viandas y del vino de su mesa; pero exactos observadores de la ley del Señor, no quisieron jamás tocar á las viandas caldeas, y obtuvieron del oficial encargado de su educacion el que les dejase comer solo legumbres y beber solo agua. Habiendo sido Daniel elevado á las primeras dignidades del reino, despues de haber interpretado el famoso sueño que habia tenido el rey, no olvidó á sus amados compañeros, y todos tres fueron nombrados intendentes de las obras de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad, ni su zelo por su religion; pero les atrajo envidiosos que resolvieron perderles. No tardó en presentárseles ocasion para ello.

Embriagado Nabucodonosor con la altura de su poder, con sus conquistas, y todas sus prosperidades, quiso que se le rindiesen los mismos honores que se rendian á los dioses del imperio. Para esto hizo labrar su estatua de oro fino, de sesenta codos de altura y seis de ancho, y la hizo colocar en el campo de Dura, con orden á los príncipes de su corte, á los magistrados de las ciudades, á los gobernadores de las provincias, y á todos los empleados, de que se hallasen en la dedicacion de la estatua. Hallóse allí una multitud increíble en el dia señalado, á la cual se le intimó de parte del rey, que en el momento que se oyese el sonido de las trompetas y de los demás instrumentos, adorasen todos la estatua, so pena á los que se negasen á obedecer de ser arrojados en el instante en un horno de fuego. Postráronse todos á la señal; solo los intendentes de la provincia de Babilonia, Sidrac, Misac y Abdenago (estos eran los tres nombres cal-





deos que se habian dado á los tres jóvenes hebreos, Ananías, Misael y Azarías) no creyeron que debían obrar como los demás. Fueron notados, y denunciados al rey como infractores de sus órdenes; llamados á su presencia confesaron el hecho, y dijeron resueltamente al rey, que ellos no adorarian jamás sino al verdadero Dios, único soberano Señor del universo, y que aun cuando les debiese costar la vida, nunca adorarian ni sus dioses, ni su estatua. Esta respuesta irritó de tal modo á Nabucodonosor, que arrebatado del furor, mandó que el fuego del horno se encendiese siete veces mas activo, que era costumbre encenderlo; y habiendo hecho atar en su presencia á los tres oficiales hebreos, los mandó arrojar con sus vestidos en el horno. Los encargados de esta ejecucion eran soldados de su guardia, escogidos de entre los mas robustos. Apenas los hubieron arrojado en el horno, cuando saliendo la llama como un torbellino, envolvió á los soldados y á los caldeos que se hallaron mas cerca del fuego, y en el mismo punto los consumió. Sin embargo los tres hebreos se mantuvieron en el horno encendido como si estuvieran en un lugar de refrigerio, sin que el fuego hubiese quemado mas que sus ataduras; veíaseles pasear tranquilamente en medio de las llamas alabando á Dios, y bendiciendo al Señor, que obraba en su favor uno de los mayores prodigios. Entonces Azarías, á quien los babilonios llamaban Abdenago, manteniéndose en pié en medio del fuego, dirigió en alta voz, en nombre de todos, á Dios la oracion que constituye el asunto de la Epístola de la misa de este dia. Despues de haber bendecido al Señor, y espresado el deseo de que fuese glorificado en todos los siglos; despues de haber confesado cuan justos son sus juicios ordenando los males que habian descargado sobre todo su pueblo y sobre Jerusalem; despues de haber reconocido que todos aquellos azotes eran castigos de sus pecados; implora al fin su misericordia infinita, y suplica en medio de aquel gran teatro de su bondad, en medio de aquellas llamas que no han podido dañarles, que no abandone á su pueblo, y le conjura por su nombre y por su gloria que no anule su alianza. *Castigadnos, Señor, dice, lo merecemos; pero de un modo que no padezca vuestra gloria: no aparteis vuestra misericordia de nosotros; admiremos aquí el motivo que presenta para ello; en consideracion, dice, de Abraham vuestro muy amado, de Isaac vuestro siervo, y de Israel vuestro santo.* Tanta verdad es que en todos tiempos se ha vivido en la persuasion de que el crédito de los santos para con Dios era poderoso, y que en consideracion á ellos otorgaba Dios muchas gracias. Acordaos, Señor, continua, que vos les habeis prometido mul-



tiplicar su posteridad como las estrellas del cielo, y estamos reducidos á un número mas pequeño que el de cualquiera de las naciones de la tierra; vivimos en la oscuridad; no se ven ya entre nosotros ni reyes sobre el trono, ni profetas con autoridad, ni forma alguna de república arreglada. Jerusalem está arruinada, vuestro santo templo profanado, no tenemos ni sacrificios ni obla-ciones; porque el estado á que nos vemos reducidos, no nos permite apaciguar vuestra cólera, ni recurrir á vuestra clemencia, ofreciéndoos en vuestro templo sacrificios sangrientos: recibid, al menos, con bondad el único sacrificio que podemos ofrecer, que es un corazón contrito y humillado, que implora vuestra misericordia. Dignaos, Señor, mirar con ojos favorables á vuestro pueblo afligido, y dejaos ablandar por nuestros gemidos y por nuestras lágrimas como en otro tiempo por los holocaustos de los carneros y de los toros que se os ofrecían en el templo. *Haced, Dios y Señor, que de tal modo se presente hoy delante de vos el sacrificio que os ofrecemos, que os sea agradable.* Estas palabras las ha ingerido la Iglesia en el cánon de la misa. Por fin, Azarías, animado del Espíritu Santo, no olvida en esta admirable oración ningún motivo que sea á propósito para interesar el corazón de Dios y desarmar su cólera: confesión sincera de sus desbarros, dolor de haber pecado, propósito de conversión, confianza en su misericordia, de todo se vale en medio de aquel horno, para apaciguar la indignación de Dios sobre todo el pueblo.

El Evangelio refiere la conversión de la célebre pecadora, que se hizo un modelo de devoción, de fervor y de penitencia desde el principio de su conversión.

Un fariseo, esto es, uno de los judíos que hacían profesión de observar con mas religiosidad los mandamientos de la ley, y de hacer una vida mas santa á los ojos de los hombres, rogó al Salvador que fuese á comer á su casa. Aceptó el Salvador con el designio que tenía de atraer por su dulzura y por su complacencia á unas gentes que no le amaban, y sobre todo el de acabar la conversión de una alma que había vivido hasta entonces en el desorden, y á la que había ya tocado su gracia. Mientras que estaban á la mesa, recostado cada uno sobre uno de aquellos lechos que se ponían al rededor, según la costumbre de los judíos y aun de los romanos, apoyada la cabeza sobre la mano izquierda, y el codo izquierdo sobre un almohadon, estendido el cuerpo á lo largo, y los pies vueltos hácia atrás, una mujer muy desacreditada en la ciudad por su licencia y su mundanidad, habiéndose informado en donde estaba el Salvador, vino,





durante la comida, á casa del fariseo, adonde habia concurrido una gran multitud de gentes; atravesó por entre la muchedumbre, y sin hablar mas que con su llanto, se echó llena de confianza á los pies del Salvador, los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus cabellos, los besó con respeto, y derramó sobre ellos un perfume de gran precio, en un licor precioso.

Viendo esto el fariseo, y no sabiendo el motivo, formó mal concepto de un hombre que permitia á una mujer tan desacreditada que se acercase tanto á él. Si este hombre, decia él entre sí, fuese profeta, como se dice, sabria cual es la mujer que le besa los pies.

Jesus, que leia en el alma del fariseo todo lo que pensaba, no quiso confundirle, echándole en cara públicamente un juicio tan falso y tan poco caritativo, y se sirvió de una parábola para corregirle. Débese siempre, al reprender el vicio, tener consideracion con el honor de la persona: ninguna cosa hay mas cortés, mas atenta, mas circunspecta que la caridad. Admiremos aquí la bondad del Salvador, que dando caritativamente la leccion al fariseo, sin desacreditarle, hace al mismo tiempo la apología de aquella penitente. Dos personas, le dice el Salvador, eran deudoras de cierto hombre; la una le debía quinientos denarios de plata, y la otra cincuenta; mas como las dos eran pobres, y no tenian con qué pagar, perdonó á entrambas la deuda. ¿Cual de las dos en tu juicio le ama mas? esto es, ¿cual de las dos ha debido amar mas á su bienhechor para inclinarse á que la perdonase una deuda tan considerable, y cual de las dos deberá estar mas reconocida por el beneficio recibido? La pregunta del Salvador encierra dos sentidos, segun el parecer de los mejores intérpretes. Es claro, responde Simon, que aquel á quien ha perdonado mayor suma. Has juzgado bien, replica el Salvador; y volviéndose despues hácia la pecadora penitente: ¿Ves esta mujer? le dice, pues juzga de su amor á su bienhechor por lo que ella hace, y por la gracia que yo voy á hacerla: cuando he entrado en tu casa, no me has dado agua para lavarme los pies, segun nuestro estilo ordinario; ella no cesa de regármelos con sus lágrimas y enjugármelos con sus cabellos: no me has dado el ósculo de paz, si bien apenas hay quien falta á esta cortesía; y ella desde que ha entrado no ha dejado de besar mis pies: no has acompañado esta comida de perfumes, conforme á la costumbre; y ella ha derramado sobre mis pies un licor oloroso: ¿no son todas estas señales visibles de su contricion y de su amor? Por tanto os digo, que se le perdonan muchos pecados porque amó mucho; ó como dice el texto griego,